



CARLOS II COMO GRAN MAESTRE DE LA ORDEN DEL TOISÓN DE ORO, por Juan Carreño de Miranda, 1677. La imagen del Monarca fue la más representada y extendida de todos los Austrias españoles. A la derecha, EL REY LUIS XIV DE FRANCIA, máximo enemigo internacional de la monarquía española, en un tapiz de 1674.

NI HECHIZADO NI TAN DECADENTE CARLOS II

LARGAMENTE MENOSPRECIADO COMO UN AGUJERO NEGRO EN LA HISTORIA MODERNA DE ESPAÑA, EL REINADO DEL ÚLTIMO MONARCA DE LOS AUSTRIAS EMPIEZA A VALORARSE BAJO NUEVOS PRISMAS. **LUIS RIBOT**, AUTOR Y COORDINADOR DE UN RECIENTE ESTUDIO SOBRE ESTE SOBERANO Y SU ENTORNO, REvisa LOS MITOS QUE LO HAN ENSOMBRECIDO

LA FIGURA TRISTE de Carlos II (Madrid, 1661-1700), profundamente arraigada en el imaginario histórico español como el “Hechizado”, ha constituido tradicionalmente el paradigma de la decadencia española en la segunda mitad del siglo XVII. Sin embargo, la investigación de su largo reinado (1665-1700) comienza a ofrecernos una visión más matizada y objetiva del último de los Austrias y su tiempo, que pone en cuestión los varios mitos imperantes sobre ellos, algunos tan generalizados como el del “Hechizado”, un auténtico tópico, o lugar común, en la cultura española y occidental. Analicemos brevemente tales mitos, confrontándolos con las nuevas visiones procedentes de la investigación sobre el personaje y su reinado.

El diccionario de la RAE define mito —palabra de origen griego, que significa fábula o leyenda— como “fábula, ficción alegórica, especialmente en materia religiosa”. Tal definición sirve esencialmente para las explicaciones de la Antigüedad y de la mitología clásica sobre el mundo, la vida, la muerte y otros fenómenos. En los últimos años, se ha difundido entre los historiadores de



períodos posteriores la utilización del concepto de mito en un sentido sociológico, según el cual —y de acuerdo con la Gran Enciclopedia Larousse—, se

trataría de una “creencia o noción valiosa para una comunidad humana determinada que la conserva y transmite”. Un tipo de mitos sociológicos serían los de carácter patriótico, como el de los comuneros o los de la Guerra de la Independencia, que han contribuido a constituir una comunidad y colaboran a su cohesión. En buena medida han sido inventados o contru-

idos —no olvidemos el significado básico de fábula—, con frecuencia a partir de un hecho real convenientemente elaborado-deformado. También entrarían en la categoría de mitos sociológicos los mitos historiográficos, entendiendo por tal el conocimiento poco fundado, ampliamente difundido y profundamente arraigado sobre personajes, hechos o períodos históricos. Buen ejemplo de ellos son el de Carlos II el Hechizado, el de la decadencia de su reinado o el de la degradación de sus gobernantes. Sea cuál sea su tipología, los mitos son previos a la investigación de los historiadores, que ha de comprobar si existe algún grado de veracidad en su trasfondo. El historiador debe criticarlos y tratar, en su caso, de desmontarlos. No obstante, cuanto se diga contra ellos servirá de muy

poco por la dificultad de difundir una opinión que los contradiga. Y no me refiero, que conste, a censura alguna, sino a la inercia del mito, a su enorme difusión y su profundo calado en la cultura colectiva.

El reinado de Carlos II es uno de los períodos de nuestra His- ➤➤

LAS CLAVES

CAPACITADO. Tuvo una inteligencia normal y es muy probable que, a pesar de su debilidad, no sufriera taras físicas. Estuvo más sano de lo creído.

RESOLUTIVO. Se enfrentó con dignidad a Luis XIV de Francia, el más astuto e inteligente monarca europeo de la época.

MECENAS. Patrocinó las artes, reconstruyó buena parte de El Escorial y defendió las pinturas de la Corona de la rafiña.



Izquierda, **MARIANA DE AUSTRIA**, madre de Carlos II y reina regente hasta 1675, ejerció poderosa influencia sobre su hijo hasta su fallecimiento, en 1696. En el centro, **MARÍA LUISA DE ORLEANS**, sobrina de Luis XIV y primera esposa del Monarca. Y a la derecha, **MARIANA DE NEOBURGO**, segunda esposa, que se retiró a Toledo tras la muerte del Rey, en 1700.

►► toria más deformado por los mitos, cuya fuerza ha sido tanta que, hasta hace unos años, éramos muy pocos los historiadores que nos interesáramos en él. Para qué estudiar algo cuyas características generales se daban por descontadas a priori. El mito de la decadencia era tan grande y el atractivo del Rey tan escaso que muchos estudios sobre la época de los Austrias concluían en el entorno de 1665 y numerosas Historias de España, escritas por prestigiosos historiadores españoles y extranjeros, pasaban sobre ascuas por aquellos

oscuros años, deseosas de enlazar cuanto antes con 1700 y la llegada al trono del primer rey Borbón. Afortunadamente, las cosas están comenzando a cambiar y el reinado de Carlos II es hoy uno de los más atractivos para los jóvenes historiadores modernos. La investigación y el conocimiento detallado de personajes, hechos, instituciones y procesos nos están permitiendo prescindir de los mitos acumulados sobre aquel período de la Historia de España. Pero ¡no nos engañemos! Por mucho que podamos estudiar y escribir, por muy nu-

merosas que sean las pruebas documentales que aportemos, me temo que para la mayoría de la gente Carlos II seguirá siendo el rey Hechizado, su reinado el de la más profunda decadencia y sus gobernantes el epígono de la degradación de la aristocracia en el poder. Sólo la llegada de una nueva dinastía permitirá que las cosas comiencen a cambiar...

Esta última afirmación nos sitúa sobre una de las claves para entender algunos de los mitos. La degradación anterior servía de contrapunto para exal-

UN AYA PROTECTORA, UNA MADRE AMBICIOSA Y DOS ESPOSAS

Como todos los príncipes niños, el futuro Carlos II pasó sus primeros años en la casa de la Reina, rodeado de nodrizas, ayas y dueñas que se esforzaban en atenderle. Cuenta María Victoria López-Cordón en *El rey y su entorno cortesano*, que llegó a tener catorce amas de cría "y era tal el temor que provocaba el efecto de cualquier cambio en la alimentación que se prolongó su lactancia hasta poco después de ser proclamado rey, en 1665", a los cuatro años. Su aya, María Engracia Álvarez de Toledo, cobró una especial importancia en su tarea de hacer el seguimiento diario de la frágil salud del futuro monarca.

La reina Mariana de Austria también se ocupó de su hijo más de lo que solía ser habitual por su cargo. Angustiada ante la posibilidad de su muerte, su presencia en los cuartos del muchacho —o de éste en los suyos— fue habitual durante la regencia. Carlos II no se independizó definitivamente de su madre hasta cumplir la mayoría de edad, en 1675, y heredó de ella una clara tendencia a la desconfianza. Pero siempre existió el temor a que doña Marina recuperase su influencia. Antes de su repentina muerte en 1679, Juan José de Austria intentó distanciar física y afectivamente a ambos, con relativo éxito.

La reconciliación se produjo con la llegada a Madrid de María Luisa de Orleans el 13 de enero de 1680. Hija de Felipe, el hermano menor de Luis XIV. En los diez años que ocupó el trono, pasó del afecto y la admiración a las desavenencias familiares e intrigas de cámara. La sospecha de que la soberana favorecía los intereses de su tío y la falta de descendencia acabaron tensando las relaciones con su esposo y su suegra. Enfrentada con Medina Celis y, tras la dimisión de éste, en abril de 1685, con el nuevo valido, Oropesa, falleció el 12 de febrero de 1689, cuatro días después de una caída de ca-

ballo, entre rumores de envenenamiento. Elegida como nueva esposa Mariana de Neoburgo, cuñada del emperador Leopoldo I, el matrimonio se celebró el 28 de agosto de 1689. Avezada en los asuntos de Estado, tuvo un trato franco con su marido, del que rápidamente se ganó la voluntad, pero no con su suegra. El choque de intereses de ambas y una serie de embarazos fingidos dividieron a la Corte y sometieron a un ya deteriorado Carlos II a una fortísima presión. Inmersa en rumores de exorcismo del soberano, ganó dignidad tras la muerte de la madre de éste, en 1696. **O. M.**

tar el tiempo nuevo inaugurado con la dinastía borbónica; colaboraba, pues, a arraigarla en el subconsciente colectivo de los españoles, lo que explica que las valoraciones negativas del reinado del último de los Austrias proliferen con la Ilustración. Ésta aportará, además, un nuevo elemento que saldrá a la luz sobre todo en el liberalismo posterior. Frente a los Borbones reinantes, la tiranía de los Austrias, manifiesta en hechos como la represión de los comuneros o las diversas atrocidades denunciadas desde finales del siglo XVI por la Leyenda Negra. Una España retrasada y dominada por el fanatismo, cuyo último representante sería el degenerado Carlos II.

¿Qué hay de cierto en todo esto? En las páginas que siguen trataré de resumir algunos aspectos del Rey y del reinado que no casan demasiado bien con tales visiones míticas.

ESCASA CONFIANZA EN SÍ MISMO. En primer lugar, el Rey. El mito del Hechizado es injusto, pues se basa en unos hechos muy concretos de finales del reinado, propios, además, de una cultura que creía ampliamente en tales supercherías. Lo peor es que, como todo mito, elimina cualquier matiz sobre la personalidad del Rey, impidiéndonos conocerle. No cabe duda que fue un mal rey, probablemente el peor de toda su dinastía en España, aunque muchos de los que vinieron después de él no fueran mejores. De los Borbones anteriores a la Restauración de 1875, únicamente Felipe V y, sobre todo, Carlos III le superan. No se trata de establecer un ranking —que por otro lado, no resultaría sencillo— pero su dedi-



PIADOSO. Las principales virtudes de Carlos II fueron la religiosidad y rectitud de conciencia. Sobre estas líneas, el Monarca ofrece su carroza a un sacerdote con el viático (detalle), en un templo con retoques de óleo de 1685, conservado en la Iglesia de los Venerables de Sevilla.

cación al trono no fue inferior a la de varios de ellos y en cuanto a dignidad e integridad moral estuvo claramente por encima de la mayor parte, en especial de Carlos IV y Fernando VII. Carlos II no sólo tuvo la desgracia de ser el último de los monarcas de su dinastía, sino también la de vivir en el período posterior a la derrota y la pérdida de la hegemonía internacional de su monarquía y, sobre todo, la inmen-

TUVO LA INMENSA MALA FORTUNA, DE QUE SU COMPETIDOR FUERA LUIS XIV, EL REY DE LA POTENCIA DOMINANTE, EL MÁS ASTUTO E INTELIGENTE DE SU ÉPOCA

sa mala fortuna de que su competidor, el rey de la potencia dominante después de las derrotas consumadas en tiempos —no lo olvidemos— de Felipe IV, fuera Luis XIV, el más astuto e inteligente monarca europeo de la época, y uno de los más grandes de la Edad Moderna; alguien que, además, para su objetivo fundamental de engrandecerse él y engrandecer a Francia, necesitaba enfrentarse y debilitar a la monarquía de España. Carlos IV y Fernan-

do VII tampoco lo tuvieron fácil con Napoleón, pero su cobardía y baja moral quedaron muy lejos de la resolución y dignidad con que Carlos II se enfrentó al rey de Francia.

Los informes de embajadores y testigos no son unánimes. Unos le presentan con rasgos claramente negativos, mientras que otros resaltan en él capacidades y valores diversos. Carlos apenas recibió la educación necesaria

para el oficio de rey y fue siempre débil de carácter, irresoluto y voluble, en parte por una escasa confianza en sí mismo y en su propio criterio. Por ello, las personalidades más fuertes, y especialmente las mujeres de su propia familia, tuvieron un gran influjo sobre él. Durante buena parte de su vida, aunque no siempre, se dedicó escasamente a las tareas de gobierno. Con todo, tuvo una inteligencia normal y es muy probable que, a pesar de su debilidad, fue- ►►

►► ra también perfectamente normal desde el punto de vista físico. Posiblemente fuera estéril, pero tal carencia, que afecta habitualmente a un determinado porcentaje de la población, no implica anormalidad alguna. Las morbosas descripciones de sus órganos que circularon a raíz de su embalsamamiento son difícilmente conciliables con los casi cuarenta años que vivió. Habitual-

mente bondadoso y bienintencionado, sus principales virtudes fueron la piedad, la religiosidad y la rectitud de conciencia. Todo parece indicar que estuvo más sano y fue más trabajador de lo que siempre se ha dicho, aunque ello no fuera nunca suficiente para afrontar el enorme peso que llevaba sobre sus hombros. Como a tantos otros Re-

yes —españoles y extranjeros— a lo largo de la Historia, le vino grande el peso de la púrpura. Si hubiera vivido en otra época, como le ocurrió, por ejemplo, a su abuelo Felipe III, también bastante inepto, la historia habría sido, sin duda, bastante más benévola con él.

Carlos II reinó en un momento en el que el modelo de rey del Renacimiento y la primera Edad Moderna fue

tados de la Historia. Poco conocido es, por ejemplo, su patronazgo artístico y la importancia de su reinado —aunque especialmente durante la regencia de su madre— en la reconstrucción de buena parte del monasterio de El Escorial tras el incendio sufrido el 7 de junio de 1671, o la decisión con la que Carlos II defendió las pinturas del patrimonio de la Corona de la rapiña de su se-

gunda esposa, empeñada en regalárselas a su hermano el elector Juan Guillermo del Palatinado, que era un ávido coleccionista. La

idea ampliamente difundida de un monarca que temblaba ante Mariana de Neoburgo no se corresponde con ello. Como señala Ángel Aterido: “Las intrigas de los agentes de Juan Guillermo y las peticiones de Mariana no consiguieron ablandar las negativas del Rey”.

RECUPERACIÓN ECONÓMICA. El mito del rey hechizado ha sido, por tanto, claramente superado por la historiografía. El resultado de los estudios más recientes es una imagen de Carlos II en la que predomina ampliamente lo negativo, pero que está muy alejada de la idea simplificadora que se desprende del mito. Los cambios son mayores en lo que se refiere al reinado. El mito de la decadencia le cubrió con tintes tan negros que difícilmente podía salvarse nada.

Hoy sabemos no sólo que las cosas no fueron tan negativas, sino que hubo muchos aspectos claramente positivos y que, en buena medida, la recuperación demográfica y económica del siglo XVIII hunde sus raíces en aquellos años. Ciertamente, hubo una decadencia, que culminó en el período posterior a la derrota internacional de España y a la sustitución de su hegemonía por la francesa. Pero ésta ha de ser matizada. Afectó esencialmente a la capacidad de la monarquía para reclutar y financiar sus ejércitos y marinas, que se vio fuertemente reducida. España seguía siendo una gran potencia, con territorios extendidos por media Europa, además de su formidable imperio colonial. El problema, ante la falta de dinero y hombres, era la escasa capacidad para defender sus posesiones. Con grandes dificultades —y gracias en buena medi-

LAS MORBOSAS DESCRIPCIONES DE SUS ÓRGANOS QUE CIRCULARON TRAS SU EMBALSAMAMIENTO SON DIFÍCILMENTE CONCILIABLES CON LOS CASI CUARENTA AÑOS QUE VIVIÓ

mente bondadoso y bienintencionado, sus principales virtudes fueron la piedad, la religiosidad y la rectitud de conciencia. Todo parece indicar que estuvo más sano y fue más trabajador de lo que siempre se ha dicho, aunque ello no fuera nunca suficiente para afrontar el enorme peso que llevaba sobre sus hombros. Como a tantos otros Re-

yes —españoles y extranjeros— a lo largo de la Historia, le vino grande el peso de la púrpura. Si hubiera vivido en otra época, como le ocurrió, por ejemplo, a su abuelo Felipe III, también bastante inepto, la historia habría sido, sin duda, bastante más benévola con él.

Carlos II reinó en un momento en el que el modelo de rey del Renacimiento y la primera Edad Moderna fue

NUEVO ENFOQUE SOBRE UN TRISTE REY

ASUNCION DOMÉNECH

Entre la descalificación y la simpatía con-miserativa ha discurrido la suerte historiográfica de Carlos II el Hechizado, último monarca de la dinastía de los Austrias y tradicionalmente considerado el epítome de la decadencia de la monarquía hispánica en el siglo XVII. Dilucidar cuánto hay de mito, de verdad o de simple desconocimiento en las valoraciones de distinto signo sobre aquel rey de triste memoria es el objeto de este libro colec-

tivo, coordinado por Luis Ribot, y en el que colaboran algunos de los más significados especialistas en la Edad Moderna de nuestro país. Su propósito no es reconsiderar los hechos del largo reinado carolino sino centrarse, a partir de recientes investigaciones en las que juega un importantísimo papel la documentación diplomática, en la persona del soberano y en los grupos humanos que constituyeron su nutrida Corte.

Se presentan así, bajo nueva luz, asuntos tales como la for-

mación civil y religiosa recibida por quien era ya titular de la Corona a los cuatro años; su círculo más íntimo; en qué medi-

SI BIEN NO DA LA VUELTA A LA FIGURA DE CARLOS II, REBAJA SUS ASPECTOS NEGATIVOS Y SUPERSTICIOSOS

da las mujeres —en especial su madre, Mariana de Austria y sus dos esposas, María Luisa de Orleans y Mariana de Neoburgo— influyeron en su forma de pensar y actuar; hasta qué punto competían en su concepción y ejercicio del poder una intensa religiosidad y una escasa dedicación a las cuestiones de Estado, y, por úl-

timo, sus aficiones, sus gustos artísticos y su labor reconstructora de El Escorial tras el incendio de 1671. El resultado, si bien no da la vuelta a la figura de Carlos II, rebaja sus aspectos negativos y supersticiosos, subrayando el papel decisivo de quienes le rodearon y las valoraciones de su discutido testamento. ■

RIBOT, L. (dir.), *Carlos II. El rey y su entorno cortesano*, Madrid, CEEH, 2009, 367 págs, 52 €



LA AVENTURA DE LA HISTORIA



JUAN JOSÉ DE AUSTRIA, hacia 1657. El único hijo bastardo de Felipe IV aguardó la mayoría de edad de Carlos II como una oportunidad para liderar el rumbo de la monarquía.

da, a la pericia de sus políticos y diplomáticos, que supieron contrarrestar el poder de Francia buscando la ayuda de Holanda, Inglaterra y Austria— la monarquía de Carlos II consiguió llegar casi intacta al final del reinado, aunque es justo reconocer que también contribuyeron a ello las aspiraciones de Luis XIV de cara a la sucesión. Un hispanista británico, Christopher Storrs, ha ensalzado la capacidad de resistencia de España, tanto en Europa como en América, utilizando el concepto de resiliencia, procedente de la física.

La política internacional fue, sin embargo, un permanente quebradero de cabeza ante la situación de penuria. Hubo, ciertamente, distintas coyunturas, pero la amenaza francesa remitió raramente. En este sentido, conviene diferenciar Italia, donde España mantuvo sus posiciones con una solidez muy alejada de la idea de decadencia, de los Países Bajos, mal defendidos y en los

que la ayuda de los aliados resultó fundamental.

Y no se trataba exclusivamente de defensa, también de gobierno y de capacidad para conservar y rehacer, en su caso, los pactos políticos sobre los que se sustentaba el poder de la monarquía. El reinado de Carlos II mantuvo sólidamente las riendas del Gobierno en Nápoles, Sicilia y Milán, gracias a una amplia serie de virreyes y gobernadores generales cuya capacidad política nada tenía que envidiar a la de los grandes personajes de tiempos anteriores. Tal vez el mito cuya inconsistencia nos aparece hoy más evidente es el de la incapacidad de los gobernantes de Carlos II, tanto en el gobierno de los reinos y territorios como en la Corte o las embajadas. Al igual que en la época de Carlos V o Felipe II, los hubo mejores y peores, pero un número importante de ellos fueron excelentes políticos y gentes con sólida formación y cultura.

Gracias a tales gobernantes pudieron ponerse en práctica en la Corona de Castilla reformas como la creación de la Junta de Comercio (1679); las drásticas disposiciones monetarias, de 1680 y 1686, que acabaron con la peste secular de las manipulaciones; la reorganización de la estructura de la Hacienda castellana, o la eliminación de la importante deuda acumulada por los juros. Desde el punto de vista de la fiscalidad castellana, el reinado supuso un remanso tras más de un siglo y medio de alza casi constante. Las bases de la recuperación económica se asientan en tales medidas.

INNOVACIONES. Mejoró también la relación entre la Corte y los reinos, tras las graves crisis de los años centrales del siglo que dieron lugar a las revueltas de Cataluña, Portugal, Nápoles y Sicilia. En el terreno institucional hubo innovaciones interesantes, aunque las transformaciones derivadas del cambio de dinastía posterior impidieron, a medio plazo, comprobar sus posibles efectos. Las más importantes fueron, tal vez, la práctica eliminación de las convocatorias de Cortes y el reforzamiento del Consejo de Estado —reducto principal de la aristocracia dominante— como órgano central de la política de la monarquía. En fin, el reinado contempló las primeras huellas en España de la ciencia moderna, producto de la importante revolución científica producida en diversos territorios europeos durante dicho siglo.

Son, pues, muchos los aspectos y matices del reinado. Hubo, naturalmente, algunos otros negativos. Pero lo que no se sostiene es la visión derivada de los mitos, pese a la firme resistencia con que se resiste a desaparecer. Aun con la escasa esperanza a la que aludía al principio, confío en que, al menos, estas líneas apresuradas sirvan para debilitarlos, incrementando en los lectores el deseo de conocer mejor un período que ya no es aquel agujero negro, olvidado y desconocido en la Historia de la España Moderna. ■



CONTRERAS, J., *Carlos II. Poder y melancolía en la Corte del último Austria*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.
RIBOT, L., *El arte de gobernar. Estudios sobre la España de los Austrias*, Madrid, Alianza, 2006.
STORRS, C., *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

LA AVENTURA DE LA HISTORIA